

CARLOS EUGENIO SMITD

No conocemos de este autor nada más que un libro. Pero este libro es suficiente para considerarle como un escritor de valía y significación señalada.

Carlos Eugenio Smitd se nos revela, en ese libro, formidable humorista, penetrante psicólogo, observador atento, fino, certero. Diario de un niño de pecho, que así se titula la obra de Smitd que conocemos, obra colmada de humor, plena de aciertos psicológicos, henchida de observaciones de toda clase y naturaleza, hondas y cargadas de significado, es un libro de los que se leen y se releen y en el cual se encuentran siempre matices nuevos, sugerencias inéditas, el encanto perenne de una creación literaria con fuerza y vitalidad singulares.

Entre la literatura dedicada a la infancia, Diario de un niño de pecho ocupará siempre lugar preferente. Es un libro colmado de humor, pero también sembrado todo él de sugerencias pedagógicas que acaso nunca sean puestas en práctica porque son sencillísimas y, como todo lo sencillo de verdad, atravesadas de infinitas complicaciones naturales. La sencillez lograda es perfección cabal, perfección elevada a su mayor limpidez. Estas sugerencias pedagógicas del libro de Smitd, por su misma acabada sencillez, son perfectas, limpiadas de plenitud total. Difícilmente serán aprovechadas.

Pero el humor, la gracia, la simpatía, la profundidad encantadora, el manantial inagotable de observaciones, el caudal sin límites de verdaderas enseñanzas, se aprovechen o no, que ofrece la lectura de este libro, lo colocan a una altura, entre la producción literaria moderna respecto a los niños, señera y relevante.

Literariamente, esta obra es también creación de muy elevado rango. La belleza de la forma, atravesada siempre por un tono irónico de una delicadeza extraordinaria, no queda a la zaga de lo significativo del fondo. Recreo y enseñanza se aunan en consorcio pocas veces tan plenamente logrado. El goce estético de la lectura, porque se lee una obra bella, va acompañado del goce intelectual, consistente en encontrar en todos los párrafos pensamientos originales, ideas recién nacidas, alusiones a un sin fin de problemas candentes, imágenes certeras y bellísimas, invitaciones a meditar acerca de una multitud de cuestiones sobre las que nuestra atención apenas si había recaído jamás. Y todo esto, conseguido con sencillez, con naturalidad. El tono engolado, superficial, no aparece ni una sola vez en las páginas de la obra. La retórica, tan falsa, está desterrada de ella implacablemente.

Es un libro que invita continuamente a pensar. La sonrisa que, leyéndole, aparece forzosamente en nuestros labios, es una sonrisa meditativa. Porqué detrás de la ironía, fina y delicada, hay siempre una amargura emocionada, que ya es humor. Y el humor, aunque sus raíces sean cómicas muchas veces, posee una plenitud de pensamiento y un caudal de ideas tan denso, que la meditación se impone y nos amarra, forzándonos a pensar. Todos los verdaderos humoristas son eminentes pensadores. Los frutos de su inteligencia no pueden ser, por lo tanto, superficiales. Nos hacen sonreír, pero en seguida echamos de ver la amargura que rezuma de sus obras, preñada de resonancias íntimas y atribuladas, hijas de un sentido de la vida que se halla en desacuerdo absoluto con la mayor parte de las cosas que existen en torno de ellos. Así este magnífico libro de Carlos Eugenio Smitd.

En cuanto al valor eminente de las observaciones de índole psicológica que abundan en Diario de un niño de pecho, basta decir que si los niños de pecho escribieran, sin duda alguna escribirían así.

De este único libro de Smitd que conocemos, puesto en limpio castellano por Enrique de Mesa, reproducimos parte del primer capítulo que se titula:

PRIMERAS IMPRESIONES

Ya es hora de que empiece mi diario: ayer cumplí seis semanas y aún no he escrito una línea. Y el grande, a quien llaman papá, decía ayer que parecía como si pensara en algo, cuando en realidad no puede decirse que sea un ser humano, sinó una cosa, un pedacito de carne, un sucio protoplasma. Sostuvo otras varias opiniones que yo no pude comprender; pero me parece que el buen hombre ponía en duda mi capacidad intelectual.

Le quiero demostrar que valgo tanto, por lo menos, como él. Si se imagina que es una cosa del otro jueves el pensar uno de esos que el llama artículos, se equivoca. Yo le veo a diario sudando ante la mesa y algunas veces me da lástima. Dice que yo soy el culpable de que no pueda trabajar con tranquilidad, pero esto no es más que ganas de hablar. Le hago el favor de dormir diez y ocho horas diarias cuando menos; ¿no puede él trabajar en ese

tiempo? ¿Es que no se le ocurre escribir o dormir nada más que cuando a mí se me antoja gritar? ¿Por qué no duerme un par de horas cuando yo lo hago y después se levanta y trabaja antes de que yo despierte o sigue durmiendo todo el tiempo que yo? Lo que hago yo con seis semanas, bien puede hacerlo él, que es un hombre hecho y derecho.

Pero he notado que en este lugar a que me han traído tan de repente, reina un gran desorden. Si he de decir la verdad, no me gusta mucho este sitio. Donde me hallaba antes, ciertamente que estaba un poco estrecho, pero después de todo, no dejaba de tener sitio para mí solo y nadie se metía a empaquetarme, llevarme de un lado para otro, decir tonterías a costa mía y acercármese a los ojos con las caras llenas de pelos. Además, aquello era muy oscuro y aquí, en cambio, la luz viva me hace daño en los ojos. Y las gentes no me dejan tranquilo un momento; pa-

rece que encuentran un placer especial en ponerme luz delante de los ojos para luego embobarse mirándome y discutiendo si los tengo negros o azules. ¡Qué gente más tonta!

Los que más molestan son los llamados tíos y tías. A diario vienen tres o cuatro; me miran y me soban; dicen que soy muy guapo y muy mono; que estoy muy hermoso y muy rico, y otra porción de tonterías que me aburren. La una, dice que tengo la nariz de mi padre; la otra, me encuentra idéntico a mi abuelo y la de más allá me compara con una careta japonesa. Las tías tienen la cara limpia y huelen bien; pero los tíos están llenos de pelos duros y apestan a tabaco, a cerveza, a vino y a ajeno. Noto estas cosas porqué todos tienen la costumbre de besarme, invención estúpida, cuyo fundamento no puedo comprender. Las tías me agradan algo más; pero de todos modos les agradecería mucho que me dejaran en paz. Si mi padre no fuese un majadero, hace mucho tiempo que se lo habría dicho. A mí no me hacen caso; ya puedo gritar cuanto quiera; ellos siguen diciendo que soy muy rico y muy mono.

Lo que es inaguantable es la abuela, según la llaman. Cuando me coge en brazos siempre temo que me arranque las narices o una oreja, y cuanto más grito para demostrar mi disgusto, tanto más mono y encantador me encuentra. Y no tengo defensa contra las gentes; son gigantes y fuertes y por añadidura estoy envuelto tan apretado, que no puedo mover un solo miembro; además, no me entienden aún cuando les diga mis deseos gritando con todas mis fuerzas. Todos estos hombres me parecen muy tontos.

Nunca me responden lo justo; jamás me dan lo que pido, si tengo hambre y lloro, el padre trata de hacerme callar, meciéndome en el aire de un modo que a cada momento creo que me va a tirar al suelo y me voy a estrellar. Si me duele la tripa, se le ocurre a la madre darme de mamar, y si me duele un dedo me pasa la mano por el vientre. No podía yo imaginar que las personas mayores, que han pasado también por esto, fuesen tan ignorantes y tan poco hábiles para con los niños de pecho.

Me temo que me esperan muchos sabores en este mundo, adonde me han traído sin consultarme; no tengo más que oír lo que hablan acerca de mí porvenir para convencerme de ello.

El más terrible es mi padre, que debe ser un hombre muy malo. Cuando lloro frunce el entrecejo, y después de zandearme de acá para allá, sin lograr que calle, se pone furioso, me vuelve a dejar en la cuna y dice con voz de trueno y con el puño cerrado:

«Aguarda, chillón; ahora haces tu voluntad, pero ya cambiarán las cosas. Ya verás cuando sepas correr, amiguito, la que te espera si no estás callado.»